

El tímido homenaje de un amor

Amilkar Osorio



Dejadas las llanuras de North Dakota, los horizontales cultivos de Idaho, el desierto fulgurante de Utah, y la planicie de Nevada, he llegado hasta el océano, al pie del ondulado San Francisco, a las nueve, sin un dólar. La noche tiritita de frío encaramada a las colinas.

Estaciono el auto en una esquina alta desde donde pueda vigilar minuciosamente el desenvolvimiento del amanecer. Me duermo con un vaivén de ansiedad en la cabeza.

Los policías no han molestado durante la noche. Sólo el alba, que al ponerme sus dedos de luz sobre los ojos logra rescatarme del cansancio. Una bruma rosada invade todo el puerto y opaca las sirenas de los buques.

Pasa corriendo un niño con su raqueta de tenis y entreveo, abajo, en la leche pintada de la bruma el extremo de un soporte del Golden Gate.

Un criado retira las botellas de un umbral. La luz que cubre una florida buganvilia. Las imágenes reflejadas en las facetas de cristal del viaje. Es una ciudad que se levanta más bien tarde.

Desciendo por una calle serpentina. En una sucia y desolada cafetería sorbo un café espantoso a la espera de que abran las prenderías.

Se habían conocido poco antes aunque se trataban ya muy cómodamente. Cuando los vi por primera vez era quizá la primera o segunda que salían juntos. La primera o segunda doliente vez.

El más joven tenía excepcionalmente bien conformada la cabeza, envuelta en rizos de color hulla; no parecía nativo, algún miembro de los variados inmigrantes. Nuestras mesas estaban muy cerca una de la otra.

Rafael le miró fulgente y sosegadamente a las pupilas chocolate con chispas de almendra. Se pasó la mano por la cabellera, estrujando con dedos claros las fáciles guedejas. El otro sonrió efímeramente. Miraron ambos pasar tras los vidrios un sonoro carro de bomberos. Del techo colgaban tuestos con espuma de mar.

¿Por qué llaman cigüeñas a las grúas? O, ¿serán grullas? En el MDR había olor a café recién tostado. Volví a mi revista y cuando miré de nuevo salían por la puerta de la escalera que daba a la estrecha y oblicua calle. No me pareció prudente seguirlos. Otro día sería. San Francisco es una ciudad pequeña, transparente.

Desde la puerta los vi caminar por la calle hasta la tienda de los afiches; miraban descuidadamente las vitrinas. David se recostó a una de ellas. Rafael le tomó una foto. No parecían turistas. David era el más joven y el cielo de la ciudad estaba azul y frío. Por primera vez noté la cámara.

Las cosas en las ciudades de hoy cambian muy rápidamente. Ya no sostienen en uno la apariencia de la identidad; si no desaparecen del todo como objetos, sufren mutaciones tan esenciales que al reencontrarlas, después de poco tiempo, parece que nunca hubieran estado, que uno no hubiera sido. Cuando dejé en la prendería la ampliadora pensaba que al recuperarla sería otra, una que nunca había sido mía.

He alquilado un cuarto en la casa de un inmigrante demente, El Maltés, y voy a las agencias de fotógrafos con mi portafolio. El aire parece hecho de escarcha y los troleys en él como trozos de melón cristalizado.

En los primeros días todo transcurre lentamente. El mar se levanta temprano y mi mañana en la floristería es un deleite. He tomado un plácido puesto de vendedor de flores mientras encuentran algo en las agencias donde he mostrado el portafolio. Aquí trabajo con una muchacha que toma mi turno a la una de la tarde. Es italiana de segunda generación, de rostro blanco, ojos hondos e inquietos. Vagamente me conmueve cuando llega. Me ha dicho que compartamos su casa, que se aburre mucho sola con su compañera Plurabelle, la inglesa. Lo pensaré, se llama Marisa.

El domingo fui al acuario, me fastidiaron las rémoras en la piel de los delfines. El polvo sobre las culebras venenosas en sus cajas de cristal con arena. Las hilarantes morsas jugueteando en los pilotes del muelle en desuso. Llovizó toda la tarde. El jardín japonés arruinado con la algarabía de los turistas, y los molinos falsos del parque me incomodaron. Vi a Rafael y David cuando entraban a un cine. Comí pescado y papitas en Polk Street. El cielo está vacío y paralizado, un zepelín de promoción se desliza muy lentamente en el aire. He estado fumando mucho hoy.

¿En Viena, habrán demolido la casa de Wittgenstein?

¿En Portugal, te gustó el vino verde?

Fue todo lo que oí decir, a mi lado, en el tranvía; la campanilla y el traqueteo sobre los rieles interrumpían sus sonidos. Como David estaba a mi lado, apretado contra mí y giraba su cabeza hacia Rafael cada que iba a decir algo, me costó dificultad escucharlo. La primera frase la dijo él, la segunda, Rafael, quien parecía observar las casas y los hoteles que pasaban enfrente mientras el tranvía ascendía por Powell St. hacia Nob Hill y descendía a North Beach.

Durante el trayecto no miró a David. Nos bajamos en el mismo sitio. Las calles empezaban a iluminarse con las luces de la noche, recónditas luces. La primera frase era dubitativa, la segunda, participante.

Evidentemente no eran nativos, hablaban castellano. Iban modestamente vestidos, a unos pasos delante de mí. David me miró rápidamente volteando la cabeza. Entraron al MDR. Me fui a la librería, bajé al sótano. Estuve allí una hora, hasta las ganas del tinto. Me fui al MDR. Allí estaban, callados el uno junto al otro.

Me alegra ver llegar a Marisa, hacia la una; creo que aceptaré vivir con ella y con Plurabelle. El Maltés me está poniendo muchos problemas, es un demente, no quiere el gato que encontré porque pone nervioso a su perrito.

¿Cómo puede usted vivir con un gato en un cuarto? Eso es contra la ley.

¿Y cómo puede usted vivir con una escopeta? ¿No es eso contra la ley?

Le digo yo sin ofuscar me, tratando de hacer más llevadera su borrachera,

su soledad y su vejez. Pero me tendré que ir, es indebido vivir así. Aunque le he cogido simpatía al Maltés, especialmente porque discute con su aparato de radio en su idioma. Veremos, se lo diré a Marisa.

—Sí, vendré por ti a las cinco e iremos a tomar el té con Plurabelle. Además debo conocerla si voy a vivir con ella.

—No, con nosotras.

—Ya te conozco, me gustaría estar sólo contigo.

La caja queda cuadrada, ella la volverá a cuadrar por la tarde. Me voy caminando hasta el puerto, quiero mirar las cenizas gaviotas y el mar ceniza.

Al regresar a casa, El Maltés me dijo que me habían llamado de una agencia. Que tengo una entrevista mañana. Ahora voy a fotografiar vagones de tren, la luz de la tarde está excelente. Almuerzo un sánduche y un whisky. Salgo a Haight St. y descendiendo hacia Market St., pasan los troleys, voy hacia la estación. Me iré a vivir con Marisa y Plurabelle, me llevaré el gato.

Los vagones de la Southern Pacific, la herrumbre, el ruido de los tranvías. Una nube gris flotando en el cielo nítido y a baja altura, presagio vago. Los muchachos han filado las botellas en un andén y hacen blanco con piedras, sin apostar. Quedan paralizados en la película: una piedra en el aire, una botella que espera hacerse trizas, las letras que marcan el vagón, al fondo, desfiguradas por el óxido.

Encuadro la puerta de uno de los vagones, a través de la cual se ve un puente levadizo, gaviotas y tejados pintados de amarillo. Enfoco. Una silueta de hombre a contraluz no me deja disparar.

—Hemos encontrado un hombre muerto a tiros... en este vagón.

Sé que no debo tomarle fotos, ni a él, ni al cadáver. Me alejo sin contestarle al policía, o asesino. Suena un romperse de vidrios de botella. La nube empieza a desvanecerse, una luz amarillenta vuelve turquesa los vagones verdes. La sirena de un vapor en el silencio.

El crepúsculo es una cuchilla que se quiebra, reflejos y desaparición. Vuelvo a casa. Pongo a calentar el té, sirvo un whisky. Y pongo a llenar la ominosa bañera; sospecho que es la etapa inicial de la momificación. Hierve el agua para el té.

Me llevaré el gato, no estaría mal vivir con Marisa y Plurabelle, el ruido de la botella rota. El Maltés le sube el volumen a su radio, ya debe ir por la media botella, dentro de poco empezará a discutir. Mañana iré temprano a la agencia.

—¿Dónde queda Malta?

—No, gracias, las prefiero con jalea.

Desde aquí la vista es abierta y la ventana da a una marina tan bien distribuida que parece deliberada. En frente está Tiburón con sus atracaderos privados y las casas que se ven a trozos entre los árboles; a la derecha y en



el horizonte la espina de la ciudad flotando en el agua, aquí y allá la bruma haciendo huecos blandos e irregulares sobre la vista. Abajo, las casas-botes, el mar que nos separa de la isla y los veleros. Encima, un cielo champaña y gaseoso. Por esta falda, el camellón, hay más o menos tres cuerdas, tejados y solares con sillas de verano, blanco italiano, cubiertas de hojas, sin cojines. La brisa empuja el vidrio de la ventana e hincha las velas. Plurabelle me observa con interrupciones, a párrafos.

Marisa se ha descalzado, y como ambos estamos en el sofá, ha puesto su cabeza sobre mis piernas y bajo mi taza de té. No puedo alcanzar la mermelada.

—Me vendré el sábado.

Ambas dicen que me ayudarán con la pasada. De todas maneras yo no tengo muchas cosas, cámaras, una valija con ropa, algunos libros. He visto la habitación que me han destinado, es la de ellas. En una esquina del salón cuelga una hamaca.

—Es la cama de Plurabelle.

—No puedo dormir con alguien. Lástima.

En la agencia me pidieron unas fotos de la fuente italiana que hay en el parque frente a la catedral, y unos salmones vivos que vienen a desovar al norte.

El Maltés se pone colérico con la noticia.

—Y, ¿cómo me va a dejar usted solo con la escopeta y mi perrito?

—A usted no le gusta mi gato, y alguien vendrá a ocupar mi cuarto.

Bajando las escalas me dice que ya vuelve. Sirvo un whisky y escucho al Maltés en el piso de abajo que refunfuña en su idioma. Son casi las siete. Las siete de la San Franciscana y sedosa noche. ■

Amilkar Osorio (Colombia)



A m i l k a r O s o r i o

Antes de morir, a los cuarenta y siete años, mientras tomaba un baño en el lago de la finca La Oculta en Támesis, Amilkar Osorio alcanzó a publicar *Vana Stanza*, su único libro de poemas. Era un volumen pequeño, de color rojo, con un nombre hermoso, que no circuló más allá del grupo de amigos que lo patrocinó, después de convencer a su autor de lo necesario que era publicarlo. En folders dispersos aquí y allá, quedaban también una serie de cuentos suyos, no muchos, escritos a máquina, algunos todavía en proceso de corrección, que luego bajo distintos títulos fueron publicados en la colección Celeste de la Editorial Universidad de Antioquia. Allí mismo, en 2001, en la Colección de Poesía, se reeditó su libro de poemas. De este modo, gracias al interés de unos pocos, se lograba reunir el trabajo de un

autor, sobre el cual, pese a su indiscutible importancia, cayó y cae todavía toda clase de olvido.

Con Gonzalo Arango y Jaime Jaramillo Escobar, Eduardo Escobar, Humberto Navarro y Darío Lemos, cinco cocacolos desasosegados de la época, Amilkar fundó el Nadaísmo, un movimiento que hizo saltar de la silla a la cultura señorial y pecuecudada del país. El antiguo seminarista, según se dice, hablaba varios idiomas, escribía poemas rebeldes y sarcásticos, que el mismo Fernando González, adelantándose a todos, no demoró en acoger y celebrar. Con su cabello a los hombros, su enorme bigote de charro del mismísimo Jalisco, sus sacos a gruesas rayas negras y corbatas chillonas, inauguró en Colombia un dandysmo que no tuvo consecuencia alguna y que apenas sirvió para que el resto de mortales aceptara que Amilkar, si mucho, llegaba a camaján adobado con un cierto tufillo existencialista.

Homosexual, cuando el medio no se prestaba a ambigüedades de ninguna clase, escribía cuentos inmorales bajo el seudónimo de Margarita Santa María, estudiante del Marymount, en la revista *Cromos*. Por aquel entonces, un aforismo suyo hizo carrera: “las mujeres dan cáncer”. Era culto, ingenioso y refinado. Al vivo, agregarían otros. Por aquel entonces, se hacía llamar Amilkar U, nombre de batalla con el que se enfrentó al tedio quisquilloso de una literatura pendejona que no daba siquiera para un cóctel. En el Medellín de los sesenta conoció al poeta norteamericano David Howie, cuyos poemas tradujo al español, y con quien viajó a San Francisco en la época dorada del hippismo y los beatniks, con los cuales fraternizó hasta el punto de sentirse como pez en el agua. En Frisco y New York vivió por más de diez años, hasta que una amenaza de expulsión por parte del gobierno americano, al que le disgustaba su participación activa en los bochinches de la época, lo hizo regresar precipitadamente al país. Pero fue allí, en medio de esos días azarosos, que escribió algunos de los cuentos más hermosos, experimentales, y poco leídos de nuestras letras nacionales. Fue también, dado el quehacer nervioso de la época, fotógrafo y creador de objetos de arte vanguardista que, alguna vez, a su regreso, mostró en una exposición en Suramericana. Para entonces, había dejado de llamarse Amilkar U, retomando el de Amilkar Osorio, su nombre verdadero. Ya no le paraba bolas a nada y menos a su papel de escritor: se había vuelto un escéptico consumado. En las tardes, uno se lo podía encontrar, el gesto altivo, en el Junín de sus amores. En 1986, un año después de su muerte, se lograron reunir con la colaboración de su hermano los cuentos que aparecieron bajo el título, tomado de uno de ellos, de *El Yacente de Mantegna*. Más, tarde, en 2001, vino la reedición de su libro de poemas y, aprovechando un archivo que entregó Jaime Espinel, viejo compinche de andanzas, a la Editorial de la Universidad, se publicó *Gato o soledad en la lluvia*, que reunía todos sus cuentos.

Amilkar murió y por las señales que se advierten aquí y allá es probable que le haya llegado el momento de su resurrección.

Elkin Restrepo